

CHILE:  
LA  
MEMORIA  
PROHIBIDA

CRÓNICA DE LOS AÑOS SIN OLVIDO

1973 / 1983

TEXTO

Rodrigo Atria

INVESTIGACIÓN

Eugenio Ahumada

Javier Luis Egaña

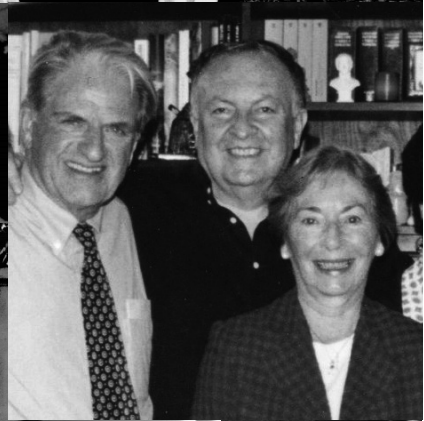
Augusto Góngora

Carmen Quesney

Gustavo Saball

Gustavo Villalobos

 Planeta



---

## Vivir sobre un barril de pólvora

Como cada día durante las últimas semanas, Santiago se levantó agitado por una marea de rumores que tenían el tono de una advertencia catastrófica. Pero nada hacía prever que esa jornada fuera a ser sacudida minutos después del desayuno por las vibraciones de los motores que empujarían a una columna de tanques al asalto del gobierno.

Era el viernes 29 de junio de 1973.

Ocho días antes, el jueves 21, ante una multitud que la prensa gobiernista calificó como la más grande reunida en Santiago, el presidente Salvador Allende había dicho en la tribuna de oradores:

—Este acto es una expresión clara contra el fascismo y contra aquellos que, consciente o inconscientemente, colaboran con él. Contra aquellos que destruyen por destruir; contra aquellos que siguen haciendo lo que empezaron antes de las elecciones presidenciales del año 1970; contra los que del 4 de septiembre al 3 de noviembre [de 1970] utilizaron el ataque directo, el sabotaje, la dinamita; para impedir que el pueblo fuera gobierno; contra los que llegaron —y hay que repetirlo y repetirlo para que se pese lo que eso significa— hasta el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider<sup>1</sup>. Son los mismos. Son los de siempre. Son los que hace pocas horas atentaron contra el edificio de la Cultura, que lleva el nombre de la gran poetisa inmortal Gabriela Mistral. Ese es el símbolo del fascismo, el odio contra la inteligencia y la cultura; son aquellos que en estos días han desatado una acción vandálica.

Y continuó:

—El pueblo no quiere la violencia. No la necesita... Pero que lo sepan: en la tranquilidad del pueblo, en su presencia responsable está la gran reserva. Que lo entiendan de una vez por todas: si desatan la violencia contrarrevolucionaria, utilizaremos las fuerzas que tiene el Estado y la fuerza de refuerzo del pueblo. ¡Utilizaremos la fuerza revolucionaria!

La muchedumbre no se movía. Pancartas, carteles y lienzos germinaban por todas partes. Allende continuó:

—Ellos pretenden la guerra civil. Nosotros queremos evitarla, no por temor, sino porque sabemos que la guerra civil destruye la economía del país, quiebra la convivencia social, lanza amigos contra

amigos, padres contra hijos, hermanos contra hermanos. No por temor, sino por conciencia, por responsabilidad, por patriotismo, por sentido humano, por convicción revolucionaria. ¡Derrotaremos a los que pretenden la guerra civil! ¡Aplastaremos a los fascistas!

Solo quedaba una pregunta pendiente: cómo, de qué forma podría obtenerse la victoria que Allende pronosticaba. Los jóvenes radicalizados del socialismo tenían su propia respuesta, que coreaban con un verso rabioso, acompañando la entonación con golpes de puño lanzados al aire:

–¡Crear, crear, poder popular!

Y Allende les contestaba:

–Poder popular sí, pero de apoyo al gobierno y no al margen ni contra el gobierno.

El presidente enfatizó una de sus más hondas convicciones:

–Chile sabe que, por tradición y por historia, las Fuerzas Armadas jamás utilizarán las armas que el pueblo les ha entregado contra el propio pueblo.

\*

El viernes 29 de junio, Salvador Allende habló cuatro veces a lo largo del día. La última, porque aquella frase de su convicción había sido puesta a prueba por dieciséis carros de combate del Regimiento Blindado N° 2.

En la tarde del jueves 28, José Tohá, ministro de Defensa, había dicho ante el Senado que “una unidad de la II División del Ejército planeaba sacar a la calle sus efectivos con el objeto de provocar la caída del gobierno” el día 27. Pero el arresto de nueve personas implicadas hacía suponer que el motín previsto no iba a repetirse, al menos en un plazo inmediato. No obstante, lo que el ingenio popular chileno bautizó luego como “el tanquetazo”, comenzó a vivirse a las 08:40 de aquella mañana del viernes 29. Las puertas del cuartel del Regimiento Blindado N° 2, situado en uno de los viejos barrios de Santiago, se abrieron para dejar pasar una columna de tanques y vehículos semiorugas que, con ochenta soldados al mando del teniente coronel Roberto Souper, se dirigían al centro de la ciudad, distante algunas cuadras.

Faltando dos minutos para las 09:00 se disparó el primer tiro contra La Moneda. Segundos después, el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, llamaba desde una oficina de La Moneda a la residencia de Allende, en la calle Tomás Moro:

–Compañero presidente –dijo Vergara–, tenemos tanques aquí, frente a La Moneda. Están disparando. Sepa, presidente, que todos aquí sabremos cumplir con nuestro deber.

Luego, en una segunda llamada, Daniel Vergara le informó que los militares rebeldes estaban conminándolo a rendirse. Le transmitió también la frase que el teniente a cargo de la guardia del Palacio esa mañana, Guillermo Pérez, dio en respuesta a la conminación:

–¡La guardia muere, pero no se rinde, mierda!

En los minutos siguientes, cuando la balacera arreciaba, el sargento Mario Humberto Reyes y el carabinero Luis Venegas subían a izar la bandera chilena en un mástil empotrado en uno de los balcones del frontis del edificio.

En el sector sur, mientras tanto, el tanque que había embocado sus armas en el hueco de la puerta del Ministerio de Defensa hizo fuego con sus ametralladoras. El vestíbulo estaba vacío. El ministerio no atendía público esa mañana porque el día 27 se había declarado zona de emergencia en Santiago. El reloj se detuvo a las 09:10 horas, cuando el tiroteo se hizo copioso y denso. El informe oficial del Ejército señaló que, en seguida, “un grupo de tiradores, llevando como rehén al suboficial Plutarco Negrete Correa, de la Fuerza Aérea (perteneciente a la compañía de guardia habitual en el edificio del ministerio), logró el rescate del capitán Sergio Rocha Aros, quien se encontraba detenido en el primer subterráneo de la Guardia, a disposición de la justicia militar, confeso del delito de conspiración”. Rocha Aros era una de las nueve personas implicadas en el “cuartelazo” denunciado en la tarde del 28 por el ministro Tohá<sup>2</sup>.

A las 09:15 horas, el tiroteo en el ministerio continuaba con intensidad en las plantas bajas. Seis pisos más arriba, el sargento Rafael Villena, también de la II División del Ejército, era muerto por un balazo disparado por los sitiadores al asomar imprudentemente la cabeza por una ventana<sup>3</sup>.

Fue, quizás, el primero de los siete muertos que tuvo el Ejército en esa jornada.

\*

Faltando dos minutos para las 09:00, el periodista argentino Leonardo Henricksen, que trabajaba para la televisión sueca, y su acompañante, la periodista sueca Gunilla Molin, sintieron el disparo que el tanque hizo contra La Moneda. Salieron de las oficinas de Reuter-Latin hacia el cruce de las calles Bandera y Agustinas. La gente corría ya, desbocada, alejándose del área del tiroteo. Henricksen y

Gunilla sortearon a muchas personas y se ubicaron en plena calle. Henricksen se echó la cámara al hombro. Grupos de transeúntes se formaban en las esquinas, escondidos detrás de algunos monumentos. El centro se llenó del ruido metálico de las cortinas de los locales comerciales cuando los dueños las cerraban con prisa sobre las vitrinas y escaparates.

Henricksen captaba los primeros sucesos del día desde el cruce de las calles Bandera y Agustinas.

Se trataba de un camión militar sin capota, estacionado junto a la vereda. En la plataforma del vehículo, tres o cuatro soldados en uniforme de combate. Sobre la acera, al costado derecho de la imagen, otro grupo que no se guarece. Simplemente están de pie desafiando a la suerte. Parecen conversar. Henricksen los tiene a todos en el encuadre y filma. A través del lente ve que un soldado lo descubre. Henricksen no hace nada. Solo Gunilla se refugia tras el bulto ancho de su cuerpo. Henricksen sigue filmando. El soldado mira. Parece molestarse por ese ojo impertinente que lo enfoca a unos cuantos metros de distancia y entonces levanta el fusil, lo aculata en su hombro y enfila el ojo por la mira que le traza la mirilla. Henricksen no se aparta. Del grupo de soldados rebeldes descubiertos se adelanta uno. Su actitud lo delata como el jefe. El soldado que apunta baja su fusil y dice algo. La cámara no registra su voz. La película sigue corriendo. Entonces, el jefe habla a lo lejos contra el lente, gesticula y levanta el brazo. Sostiene claramente una pistola. Henricksen todavía mantiene el dedo sobre el obturador, pero el jefe militar se planta y no lo detiene ese hombre de Estocolmo mirando mudo a través de su máquina de cine el momento en que una bala se le viene encima y lo penetra. Henricksen aún tiene el dedo sobre el obturador y aún corre cinta de película en el tambor de la cámara. Es cierto que la imagen ha saltado un poco. El jefe militar baja el brazo y se vuelve de espaldas. Entonces, uno de los soldados en la calle aculata el fusil, apunta y dispara. La imagen tiembla, se inclina hacia la derecha...

Henricksen moriría a los treinta y tres años.

El diario *El Mercurio* pretendió rendirle un homenaje a la profesión periodística, publicando un editorial que tituló “Acto de servicio”, donde se refiere a Henricksen. Allí se lee: “Las secuencias de su filmadora se vieron interrumpidas por la circunstancia casual de un baleo callejero”. No obstante, la filmación de Henricksen, que el mundo pudo contemplar incluida, años después, en la película *La batalla de Chile*, contenía la verdad.

\*

Son las 09:30 de la mañana. Desde su residencia en Tomás Moro, Allende habla por radio para dirigirse al país. Está tranquilo. Su idea es simple: expresar la decisión de defender el gobierno constitucional a toda costa.

25

Cuando habla, lo hace para convocar a los trabajadores y obreros de Santiago a que se concentren y ocupen las fábricas, “para que estén prestos por si es necesario combatir junto a los soldados de Chile”. Añade que “si es necesario se armará al pueblo, pero confío en la lealtad de las Fuerzas Armadas”.

Sensibilizados por la creciente amenaza de rotura de una atmósfera política ya atormentada, los obreros habían empezado a ocupar temprano las empresas privadas y públicas del cinturón industrial de la ciudad, obedeciendo a un llamado previo lanzado por la CUT (Central Única de Trabajadores).

\*

En enero de 1974, cuarenta años después de recibir el despacho que lo acreditaba como oficial de un ejército que se jactaba de no haber perdido jamás una guerra, el general Carlos Prats anotó en su diario:

“En los 163 años de vida política independiente de nuestro país –sin contar los azarosos avatares de la anarquía preportaliana y al margen del breve y doloroso episodio de 1891– hemos vivido, como única experiencia semidictatorial, la del primer gobierno del general Ibáñez y el efímero de anarquía del año 1932. Cuarenta años después, las Fuerzas Armadas y Carabineros emergen, implantando en Chile una dictadura militar que se distingue por el privilegio de concitar el repudio mundial. Nuestro pequeño y lejano país suscita la preocupación de ‘moros y cristianos’, ante la increíble realidad de la vigencia contumaz del ‘Estado de Guerra Interna’, con todas sus trágicas secuelas que mi conciencia se resiste a especificar”<sup>4</sup>.

El espíritu de aquella orgullosa tradición del ejército jamás vencido ya no existía en 1974. Un comando civil derechista había escrito la primera página de su defunción el 22 de octubre de 1970, cuando a punta de pistola intentó el secuestro del entonces comandante en jefe René Schneider, porque de esa manera se forzaría un alzamiento militar para impedir que el Congreso confirmara la asunción de Allende. Pero Schneider se resistiría al secuestro y sería baleado por pistoleros nerviosos y torpes. La investigación posterior aclararía que no era ajeno al intento un general en retiro, Roberto Viaux, que ya en 1969 había protagonizado el levantamiento del Regimiento



Tacna contra el gobierno de Eduardo Frei, que los chilenos bautizaron como “el tacnazo”.

En 1968, la situación económica de los oficiales hizo crisis y, en determinado momento, los oficiales alumnos de la Academia de Guerra –el instituto donde se forman los jefes que van a dirigir al Ejército– se pusieron de acuerdo y presentaron colectivamente, junto al director, el subdirector y los profesores, la renuncia al empleo militar. La situación prendió y en todos los regimientos los comandantes se vieron enfrentados al problema de que el setenta u ochenta por ciento de los oficiales estaban elevando sus renuncias. La crisis se transmitió al ministro de Defensa de la época –Juan de Dios Carmona– a través del comandante en jefe, general Sergio Castillo, y, a través del ministro, al presidente Frei. Entonces Frei Montalva, para detener esta auténtica “insurrección pasiva”, nombró ministro de Defensa al general Tulio Marambio, un hombre de cierto ascendiente sobre la oficialidad joven, que satisfacía sus aspiraciones. Marambio comprometió su prestigio –en una reunión con toda la oficialidad de la guarnición de Santiago– en que solucionaría los problemas económicos en un plazo de 90 días. Si no lo lograba, pondría su puesto a disposición del presidente de la República. Esto hizo que se retiraran las renuncias y se normalizara la situación en el Ejército. Pero pasaron 90, 120 y 150 días y no ocurrió ningún cambio. Entonces se produjo una reacción bastante más activa de la oficialidad, la que culminó –en octubre del 69– cuando el general Roberto Viaux, muy popular en el Ejército, decidió acuartelar el Regimiento Tacna de Santiago.

El movimiento del general alzado, al que los trabajadores opusieron los camiones municipales recolectores de basura, terminó con la salida de Viaux del Ejército. Se cambió al comandante en jefe –“que no satisfacía las inquietudes de los oficiales ni en el plano profesional ni en el económico”– y el general Marambio dejó el Ministerio de Defensa, al que, por lo demás, no había renunciado a pesar de su compromiso. Fueron reemplazados por el general René Schneider y por el civil Sergio Ossa Pretot, respectivamente.

–Las Fuerzas Armadas perdieron el respeto por el orden civil legítimamente constituido. Se empezó a deliberar. Los oficiales se dieron cuenta de que haciendo una presión conjunta podían lograr algo, como era el cambio en el alto mando, una mejora en el presupuesto de las Fuerzas Armadas, etcétera –opinaría después alguien fuertemente ligado a estos acontecimientos<sup>5</sup>.



Cuando se abrió el período preelectoral de 1970, los oficiales ya no ocultaban sus simpatías o antipatías por un determinado candidato. En términos generales, las preferencias se distribuían así: un 70 % para Alessandri, un 20 % para Tomic y un 10 % para Allende.

Schneider se había hecho cargo del Ejército en ese esquema, asumiendo la pesada responsabilidad de restituir en su seno las ideas constitucionalistas. Exactamente un año después del “tacnazo” del general Viaux, la influencia de las ideas insufladas por Schneider al Ejército era puesta a dura prueba con su asesinato.

En 1973, a dos años y medio de ocurrido el asesinato del general Schneider, los oficiales estaban recibiendo en sus hogares cartas anónimas conteniendo plumas blancas de gallina. Alguna mañana sus mujeres debieron, también, barrer los granos de maíz y trigo sembrados a las puertas de sus casas. Así eran estigmatizados con símbolos de cobardía, para obligarlos a romper la disciplina y arrollar la jefatura.

Dos días antes del “tanquetazo”, aquella estrategia que mezclaba terrorismo, plumas y granos sumó un acto de apariencia inocua, pero que apuntaba a corroer la granítica ascendencia ejercida sobre el Ejército por la figura de los comandantes en jefe y, particularmente, el prestigio del general Prats.

Era el miércoles 27 de junio. El general Carlos Prats acababa de salir en el auto oficial que habitualmente lo llevaba a su oficina del Ministerio de Defensa. Entonces sonó el teléfono en la casa de la Comandancia del Ejército habilitada para sus jefes, en uno de los barrios residenciales del sector oriente de Santiago. Por razones obvias, el número de la línea no aparecía en la guía telefónica y periódicamente era cambiado. Sofía Cuthbert, esposa del general, levantó el auricular. En el aparato solo se escuchaba un llanto de niño. La amenaza era explícita. Sofía no perdió un segundo. Discó los números de los teléfonos de sus hijas y preguntó por los nietos. Todo en orden. Se comunicó luego con el Ministerio de Defensa y preguntó de inmediato por un presunto rapto, pero sus preguntas fueron interpretadas según lo que acababa de ocurrir en la avenida Costanera y sobre lo que Sofía aún no tenía noticias.

La informaron:

El general Prats viajaba en el asiento delantero derecho del automóvil Ford, azul, patente EF-432, de la Comandancia, rumbo al ministerio. El auto cruzó las calles amplias de esa zona y enfiló hacia la avenida Costanera que, bordeando el río Mapocho, permite conducir el tráfico hacia el centro de la ciudad. Poco antes de pasar

por el canal San Carlos, tres o cuatro automóviles empezaron a tejer cruces en torno al auto de Prats. Con cada aproximación, sus ocupantes hacían gestos y emitían gritos de reproche y obscenidades. El peligroso juego recordaba las características de la emboscada tendida en octubre del 70 al general Schneider. Prats pidió el revólver a su chofer y lo dejó sobre el asiento, al alcance de su mano. La luz roja de un semáforo detuvo a los autos. Junto al vehículo de Prats quedó un Renault utilitario, de color rojo, en el que viajaban dos personas. Prats miró hacia su derecha. La cara que se asomaba por la puerta de la “renoleta” le pareció la de un hombre joven. Prats vio que el sujeto le sacaba reiteradamente la lengua en una mueca burlona. El semáforo cambió a verde. Las dos personas insistían en sus gestos. Prats cogió el revólver y les exigió detenerse para darle explicaciones, pero los ocupantes repitieron sus burlas. Prats bajó el revólver, apuntó al neumático y disparó un tiro. Hubo una sonajera de hojalata. La bala había perforado el borde inferior delantero de la “renoleta”. Los autos se detuvieron.

Casi de inmediato, reporteros y fotógrafos de prensa aparecieron para recoger la versión de Alejandrina Cox Palma:

–Veníamos por Costanera, cuando al llegar a la Compañía de Cervecerías Unidas pasó por nuestro lado el automóvil del general Prats. Yo le saqué la lengua porque me placía hacerlo. Esto bastó para que me siguiera, disparándome dos balazos. Uno de ellos se incrustó en la puerta. El general me hizo detener unas cuadras más abajo y bajándose de su automóvil me apuntó con su revólver en la sien izquierda y me dijo: “¡Pide perdón, mierda, o te mato!”.

Al subir al auto que la condujo hasta la 14<sup>a</sup> comisaría de Carabineros, la mujer exclamó, imponiéndose sobre el tumulto y las voces:

–¡Un momento, por favor, esto es importante! Yo efectivamente le saqué la lengua al general. Ruego a las personas que vieron todo lo ocurrido atestigüen, ya que lo hacemos por Chile.

La mañana del viernes 29, los diarios incorporaron en sus páginas dos cartas de lectores especiales. Alejandrina Cox hacía juramento público, ante Dios, que “a ese solo hecho se limitó mi acción”, es decir, “el acto nimio de sacarle la lengua”. La lectura de la otra carta, escrita por Carlos Prats, corregía esa versión y proponía conclusiones más abundantes, diciendo que después del disparo el chofer de la “renoleta” se bajó. Lloraba y pedía perdón en voz alta. Solo en ese momento, Prats descubrió que el conductor del auto rojo era una mujer:

“Es falso que le haya puesto el revólver en la sien y que la haya insultado. Por el contrario, le pedí disculpas, diciéndole que no habría disparado si hubiese apreciado que se trataba de una dama”.

En segundos, los dos automóviles quedaron rodeados por un centenar de personas. Rostros, puños y gestos ofensivos. Alguien escribió con lápiz labial en los cristales del Ford azul de la comandancia del Ejército “general maricón” y, sobre el capó, “asesino”. La turba pinchó los neumáticos del auto de Prats y se enfrentó al grupo de carabineros que llegó al lugar para dispersarla. Prats diría en su carta pública:

“No tengo otro testigo a mi favor que el conductor de mi vehículo, pues fui increpado por una multitud que solo reaccionaba en torno a la idea de que disparé a una mujer”<sup>6</sup>.

Un taxista se acercó al general y le ofreció sacarlo de allí. Prats aceptó. Esa misma tarde del día 27 se reunía con Allende para presentarle –por primera vez– su renuncia a la jefatura del Ejército, pero este la rechazó<sup>7</sup>.

\*

Cuando tocaron a la puerta, Orlando Letelier presentó a su mujer –Isabel Margarita Morel–, embarazada de varios meses, a sus invitados que iban esa noche a comer: Salvador Allende y Hortensia Bussi. Era el año de 1958 y por primera vez los cuatro cenarían juntos. Esta comida iba a sellar la amistad de Salvador Allende y Orlando Letelier, a pesar de la diferencia de edades y rangos. Y esa amistad iba a determinar el curso de la vida del entonces joven funcionario del estatal Departamento del Cobre<sup>8</sup>.

Un año más tarde, en 1959, siendo presidente el conservador Jorge Alessandri<sup>9</sup>, Orlando Letelier encontró encima de su escritorio un sobre. Adentro había una comunicación escueta que lo invitaba a no presentarse de nuevo en su oficina: estaba despedido.

Eso sí, lo invitaron a una cena amistosa:

–Allí nos dijeron que el despido era un castigo por haber traicionado a nuestra clase: nos dijeron que esperaban que aprendiésemos la lección.

De la noche a la mañana, Orlando Letelier quedó en la calle:

–No encontrarás trabajo –le manifestaron–. No pierdas el tiempo.

Sutilmente invitado a abandonar el país, Letelier lo haría así en enero de 1960.

El mismo día en que Letelier abordó el avión con destino a Caracas, firmó las hojas de inscripción en el Partido Socialista de Chile.

Al poco tiempo de estar en esa ciudad, donde trabajaba elaborando estudios de mercado para inversionistas privados, Felipe Herrera –su antiguo profesor en la universidad– lo llamó a colaborar en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), del que Herrera acababa de ser nombrado presidente.

Los Letelier viajaron, entonces, a instalarse en Washington.

Durante la presidencia de Jorge Alessandri, Letelier regresó a Chile. Irónicamente, lo hizo en calidad de director de Préstamos del BID. Presentado en alguna reunión oficial al presidente Alessandri, este le dijo:

–Usted es un muchacho brillante, ¿cómo es posible que esté fuera del país? Debería estar trabajando aquí, con nosotros...

Pero Letelier no volvería a trabajar en Chile sino hasta después del triunfo de Salvador Allende en septiembre de 1970. Así, a casi once años de su expatriación y habiendo dimitido de su cargo en el BID, Letelier regresaba para ponerse a las órdenes del hombre por cuya causa se había visto forzado a tomar las maletas. Ese hombre, ahora presidente de Chile, le pedía hacerse cargo de la embajada en Washington, un lugar desde el que Letelier podría ayudar al nuevo gobierno más que de cualquier otro cargo dentro de su propio país.

Al frente de la misión diplomática chilena ante la administración de Nixon, Letelier iba a empezar a vivir quizás el período más trascendente para la supervivencia de su gobierno y de su país; un período cuyos auspicios no podían ser peores: el asesinato del comandante en jefe del Ejército chileno, general René Schneider, estaba plagado de sombras que apuntaban, cuando menos, a su inspiración por la CIA<sup>10</sup>.

Desde ese momento, hasta el 11 de septiembre de 1973, la influencia de círculos estadounidenses en los asuntos chilenos fue progresivamente en aumento<sup>11</sup>.

En julio de 1971, los Letelier asistieron a una cena en casa de Joseph Olsup, columnista del prestigioso rotativo *The Washington Post*. Henry Kissinger, secretario de Estado de la administración Nixon, estaba también invitado: él y Letelier eran los protagonistas de una “guerra” silenciosa, una guerra invisible, pero cruda y bullente.

–Kissinger venía llegando de un viaje por China Popular –recuerda la viuda de Letelier– y nosotros estuvimos conversando sobre ese viaje con él. Entonces se dirigió a Orlando y dijo, con un acento terrible, muy difícil de entender: “Míster *ambassador*, quiero que usted le dé un mensaje a su presidente. Nosotros le podemos asegurar que no tenemos agentes en su país. Si su gobierno cae, va a ser por sus

propios errores. Ustedes son los que se están labrando su propia desgracia, no va a haber injerencia de parte nuestra. Hágale llegar ese mensaje a su presidente”<sup>12</sup>.

–Solo lo intuíamos... Sabíamos que las multinacionales no habían perdonado lo de las utilidades excesivas<sup>13</sup>. La Anaconda y la Kennecott habían estado dispuestas a que se postergara el pago de indemnizaciones, incluso a hacer la pérdida o a que se les cancelara un pago simbólico, para salvar sus caras frente a los accionistas –recuerda la señora Letelier.

Pero Chile no solamente no pagó: ni siquiera hizo una promesa de pago. Era una sutileza que a Chile no le hacía mella, pero cuya falta las compañías no perdonaron. Si a eso se suma el resultado de las elecciones de marzo de 1973<sup>14</sup>, entonces se veía que no era a través de campañas de agitación como se iba a botar al régimen de Salvador Allende, aunque ellas fuesen de terror o de denuncias contra el comunismo en la educación. Por tanto, desde Estados Unidos se podía percibir que la cosa iba a ser de otra manera, porque la decisión de botar a Allende era total.

Aun así, Letelier resolvió aceptar el llamamiento que Allende le hiciera en marzo del 73 para que tomara a su cargo el Ministerio de Relaciones Exteriores.

–El viernes 29, Orlando tenía que partir muy temprano en la mañana –sigue recordando la esposa de Letelier–, pero se retrasó. Tocarón el timbre. Era Fernando Belloni<sup>15</sup> que llegaba a avisarle a Orlando que no saliera por ningún motivo de la casa, porque había movimiento de tropas, que no se sabía lo que estaba pasando y que el presidente había dado orden de que sus ministros no fueran a los ministerios, sino a otros lugares. Y nos fuimos al departamento de Belloni, que por casualidad increíble vivía en el edificio contiguo a aquel donde íbamos a vivir nosotros.

\*

El alzamiento del Blindado N° 2 tuvo los ribetes de un acto desesperado. Días antes del 29 de junio, la conspiración había sido detectada por algún servido de la Guarnición de Santiago, y su comandante, el general Mario Sepúlveda Squella, había puesto en antecedentes a sus superiores y al ministro de Defensa, José Tohá<sup>16</sup>. Fue esa información la que permitió a Tohá hacer la denuncia pública en la tarde del jueves 28, pero los parlamentarios opositores desdeñaron sus palabras. Los amotinados salieron del cuartel de Santa Rosa la mañana del viernes 29, porque se les había agotado

el tiempo: el teniente coronel Souper iba a ser relevado del mando y reemplazado por el comandante Domic. No es descartable que la denuncia pública hecha por Tohá la tarde del 28 haya determinado a Souper a actuar en la mañana siguiente, porque cuando el coronel Carol Urzúa se presentó a primera hora de ese viernes en el cuartel de Santa Rosa para informar a Souper de la decisión del alto mando, halló las puertas cerradas y se le impidió el ingreso al recinto. De inmediato, Urzúa comisionó a un suboficial de su escolta para darle aviso a Sepúlveda de lo que estaba ocurriendo.

Alrededor de las 09:10 horas se comunicó con Prats, quien se había trasladado a la Escuela Militar, y le expuso el plan:

–Se lo ratifico –le dijo Prats.

Luego, Sepúlveda llamó al comandante de Institutos Militares, general Guillermo Pickering, para pedirle que lo apoyara. En pocos minutos, Sepúlveda había hecho operativo el plan, decidiendo qué unidades y escuelas militares debían actuar, por dónde iban a converger hacia el centro de Santiago, hasta dónde llegarían y qué deberían hacer entonces.

A las 10:00 de la mañana, Allende hizo una segunda intervención por radio.

Su anterior intervención llamando a los obreros a defender el gobierno había tenido un efecto negativo en las Fuerzas Armadas, de modo que Prats le envió un mensaje sugiriéndole que no mandara gente a la calle porque el alzamiento era un problema entre militares y que él, Prats, resolvería.

A las 10:00 horas hablaba por radio para pedir que los trabajadores se mantuvieran alertas sin converger sobre el centro de Santiago, pues confiaba en que las Fuerzas Armadas resolverían el enojoso asunto.

Desde la Escuela Militar, y tras tomar contacto con Pickering, Prats se dirigió al Tacna y luego a la Escuela de Suboficiales para repetir personalmente las instrucciones. En el recinto de dicha escuela, pertrechada y a punto de movilizarse, dos oficiales se negaron a salir. Uno adujo que tenía un hermano entre los rebeldes; otro expresó reparos porque los militares se matarían entre ellos. Fueron las únicas disensiones producidas en toda la guarnición de Santiago. El coronel Julio Canessa –director de la Escuela de Suboficiales– había tenido problemas para resolver la incómoda situación y Prats se elevó por encima de él para imponerse.

Después de conminarlos a cumplir con su deber, les dijo:

–Si ustedes creen que mi muerte resuelve los problemas, dispáren...

Ninguno de los oficiales movió un músculo. En escasos minutos, la escuela se puso en movimiento, con Canessa al mando y Prats adelante.

10:45 de la mañana. El estado de emergencia que desde el 27 regía para la provincia y ciudad de Santiago es extendido a todo el país. Daniel Vergara habla por radio y lo anuncia así con voz grave y solemne. El toque de queda se dispone para las 23:00 horas de esa noche.

En la esquina de Dieciocho con la Alameda, Prats baja de su auto, portando en su mano una subametralladora Thompson. Pero si bien todo queda dispuesto para el combate, decide avanzar para hablar con los rebeldes acompañado solo por tres oficiales.

El general camina por la Alameda. Son las 11:10 del día 29 de junio. Tres militares, metralleta en mano, le acompañan flanqueándolo: el teniente coronel Osvaldo Hernández, el capitán Roger Vergara y el sargento primero Omar Vergara. Un periodista escribe lo que está viendo desde el portal de entrada al Ministerio de Educación: el general continúa hasta situarse a pasos del tanque E-2814, en la esquina de Alameda con calle Teatinos. Hay silencio. Un tanquista de boina morada aparece por la escotilla, se baja, se cuadra y saluda al general. El tanque no volverá a disparar esa mañana contra el Ministerio de Defensa o La Moneda.

Luego, Prats camina hacia otros tanques que hay en esa esquina y se repite la escena del E-2814. Pero después hay un tanquista que mira al general y que dice con laconismo: “¡No me rindo, general!”. Su arma de combate está apuntada. Prats no ha perdido la calma.

El tanquista de boina morada sigue encañonándolo en medio de un silencio, pero Prats permanece quieto. De pronto, a su lado, hay un gesto repentino y el arma que lo encañona se cae. El mayor Zabala ha desarmado al tanquista.

Sin embargo, Prats no está ofuscado. Son las 11:15 de la mañana. Una columna de soldados del Regimiento de Infantería Motorizada N° 1, Buin, se acerca al área<sup>17</sup>.

Los soldados, con pañuelos blancos prendidos en el brazo izquierdo, avanzan agazapados, pegados contra las murallas de los edificios. De alguna ventana han salido tiros imposibles de identificar. Por el centro de la calle, un vehículo liviano... Cuatro soldados viajan con el ojo atento. Junto a él, un jeep con un cañón de 105 milímetros, sin retroceso. A una cuadra del cruce donde descansa el tanque, la columna se detiene.



Un oficial se para en medio de la calle y grita a través de un megáfono celeste:

–¡A los del tanque! ¡A los del carro blindado! ¡A los del tanque! ¡Escuchen! ¡Pongan atención! ¡Ríndanse! ¡Ríndanse! ¡Tiren sus armas y salgan con los brazos en alto! Están solos. No tienen apoyo. No queremos que se produzca un baleo que podría costar vidas de muchos. No tienen apoyo de ninguna otra fuerza. ¡Ríndanse! Evitemos muertes innecesarias.

El oficial se retira. El jeep avanza. Tiene el cañón preparado para el disparo. Un tiro en el blanco destripará al tanque antes de que la torreta alcance a girar para hacer fuego. Frente al Hotel Panamericano se empotran sobre la vereda ametralladoras punto 30.

Diecisiete minutos después, el tanque enciende los motores y se retira del lugar con rumbo al sur. Otros tres tanques harán lo mismo. El resto, en cambio, acatará la alta jerarquía que los conmina a deponer las armas.

11:30 de la mañana. El tiroteo ha declinado. Hay un sentimiento general de que el motín ha sido abortado. Dentro del recinto del Blindado el capitán Rocha Aros –trasladado allí apenas los insurrectos lo rescataron– intenta un principio de resistencia. El regimiento de artillería Tacna responde. Tres proyectiles de lanzagranadas perforan los muros de adobe del cuartel. En tanto, Souper ha decidido romper el cerco y penetra violentamente en el recinto. Pero no tiene salida. Momentos después, sus hombres hacen saber al general Sepúlveda que se rinden ante él, el comandante de la División. Sepúlveda les remite un recado desde el ministerio:

–Que vengan con los tanques para acá y se rindan.

Sepúlveda llama al cuartel de Santa Rosa. Souper contesta el teléfono. El general Óscar Bonilla está junto al comandante de la División.

–Mire, Souper –dice este–, tiene cinco minutos para entregarle el mando al coronel Ramírez<sup>18</sup>; si no, ordenaré que lo pulvericen.

–No, mi general –contesta Souper–. A su orden. Entrego el mando.

Sepúlveda cuelga y envía al general Óscar Bonilla para que actúe como interventor en la entrega del mando.

\*

Tres automóviles frenan ante La Moneda. Son las 11:48 de la mañana del día 29. Hay soldados con brazaletes blancos y motos policiales. Allende baja de uno de los autos y entra en el palacio de gobierno. Miembros de su escolta personal –el Grupo de Amigos

Personales (GAP), como él mismo la bautizara— van rodeándolo. Los primeros en saludar al presidente son los generales Prats, Pinochet y Sepúlveda, en ese orden, respetando la prevalencia. El motín ha fracasado, pero sus consecuencias políticas no han hecho más que comenzar. Prats se retira esa noche con la convicción de que, “presumiblemente, había comprometidos de jerarquía” en el motín<sup>19</sup>. Aún cree que el grave momento que vive el país “es un problema ‘político’ que deben resolver los políticos, a través de un acuerdo entre los poderes del Estado, que posibilite una tregua para evitar el enfrentamiento armado”<sup>20</sup>.

Considera que cualquier forma que adopte una nueva presión militar, ella “arrastraría a las Fuerzas Armadas, sin retroceso posible, a imponer una tiranía con gran derramamiento de sangre”<sup>21</sup>.

12:10 de la mañana. Los comandantes en jefe de la Armada y de la Fuerza Aérea llegan a La Moneda. También el general José Sepúlveda Galindo, general director de Carabineros. El ministro Tohá, escoltado por un grupo de militares de brazalete blanco, había salido del Ministerio de Defensa diez minutos antes y se encontraba ya con Allende. El Consejo Superior de Seguridad Nacional (Consusena) está, por tanto, completo.

Salvador Allende habla entonces al país por Radio Corporación. Es la tercera vez que lo hace esa mañana:

—La situación está absolutamente controlada. Solo quedan tres tanques en Carrascal, existiendo orden terminante de utilizar todos los medios para que se rindan... Pido al pueblo que mantenga la tranquilidad en estos instantes. Sobre todo, que no se agrupen junto a los cuarteles. Especialmente, que no vayan cerca del cuartel insurgente, que ya se rindió y está ahora al mando de un soldado de la Patria, leal al país. Puede haber equívocos y provocarse situaciones que sería torpe no evitar. Los trabajadores han cumplido con su obligación y con su conciencia: estar vigilantes en sus sitios de trabajo y agrupados por si es necesario actuar. Dije que confiaba ampliamente en las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Las palabras de Allende continúan:

—Nadie puede imaginar que un comandante, por muy extraviado que sea, haya tomado una actitud tan contraria a la tradición de las Fuerzas Armadas por su propia iniciativa. Hace ya largos días que vengo señalando al país el estado de verdadera insurrección impulsado y estimulado arteramente o cínicamente por algunos sectores.

Entre los que oyen la cadencia pausada del habla de Allende deben estar, sin duda, los cinco máximos dirigentes del movimiento “Patria y Libertad”<sup>22</sup>.

Allende convoca al pueblo de Santiago a una manifestación frente a La Moneda para esa tarde:

–¡Viva Chile! ¡Vivan sus Fuerzas Armadas! ¡Viva Carabineros!  
¡Viva Investigaciones! ¡Vivan los trabajadores, columna vertebral  
de la revolución chilena!

\*

“Este gobierno podrá ser una mierda, pero es mío”.

La frase iba escrita con trazo casi analfabeto en un papel puesto sobre dos maderos y había aparecido en una de las tantas manifestaciones de aquellos meses. Para ese 29 de junio, la frase ya formaba parte de la leyenda –entre mítica y romántica– que la izquierda chilena empezó a tejer con el triunfo electoral de 1970, y se la consideraba entonces como el mejor ejemplo de la lucidez trabajadora. Sin embargo, desde que ese cartel apareciera como volador de identidad en el firmamento político, las consignas y lemas habían ido, poco a poco, aceptando la hipótesis de un enfrentamiento generalizado. De hecho, pronto saldrían a las calles los carteles que, bajo la sigla MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), acogían sin tapujos tal posibilidad en la frase “Soldado, no mueras por tus patrones. ¡Vive luchando junto al pueblo!”.

En el interior de La Moneda, Allende conoce ya los alcances y ramificaciones de la madeja que durante la mañana desprendió una hebra de insurrección. Sabe que desde las 16:00 horas, los máximos dirigentes del Frente Nacionalista Patria y Libertad, de inspiración fascista y ultranacionalista, una organización paramilitar de extrema derecha fundada en 1971 por el abogado Pablo Rodríguez Grez, se hallan asilados en la embajada de Ecuador. Cuando el presidente sale a encontrarse con la manifestación, los carteles se leen con facilidad y los gritos han cobrado nitidez: “¡A cerrar, a cerrar el Congreso Nacional!”. Allende se aproxima al micrófono. Los gritos agonizan. Alguna garganta insiste: “¡Mano dura, presidente!”, y resurgen voces y chillidos que, de pronto, se apagan. Entonces retumba –por cuarta vez en el día– esa cadencia que todos reconocen:

–El pueblo debe comprender que tengo que cumplir con lo que he dicho. Esto es, hacer los cambios en libertad, democracia y pluralismo, lo que no significa tolerancia con la subversión ni con los fascistas.

La gente corea una consigna inédita:

–¡Gobierno y pueblo armado, jamás serán aplastados!

Allende levanta la palma de su mano:

–Yo sé que lo que voy a decir no le gustará a muchos de ustedes. Pero tienen que entender cuál es la real posición de este gobierno. No voy, porque sería absurdo, a cerrar el Congreso. No lo voy a hacer. Pero si es necesario enviaré un proyecto de ley para llamar a un plebiscito, para que el pueblo se pronuncie.

El mensaje es de gran importancia. Por primera vez el presidente se muestra dispuesto a zanjar las diferencias recurriendo a un veredicto inapelable: un plebiscito.

Allende continúa:

–¡Compañeros trabajadores de Santiago, tenemos que organizarnos! Crear y crear poder popular, pero no antagónico ni independiente del gobierno, que es la fuerza fundamental que el pueblo tiene para avanzar en el proceso revolucionario.

*El Mercurio* publica un editorial elocuente el día 30:

“Al sentirse el ruido de las primeras detonaciones, el desbande o desaparecimiento de los grupos civiles demostró que la población tenía, por primera vez, la imagen clara de la eficacia del poder militar en la calle. El poder popular vino a lanzar sus primeros gritos cuando las fuerzas que dirigían los tres comandantes en jefe dominaron la situación. La ciudadanía democrática debe sentir, pues, una gran confianza en las posibilidades de resurgimiento del país, en la medida en que las Fuerzas Armadas conserven su espíritu, su unidad y su eficacia”.

El viejo diario conservador estaba hilando sutilmente. La señal fue recogida en los cálculos de quien llevaba tiempo movilizando las piezas hacia un jaque que, tarde o temprano, habría de convertirse en mate. Alguien, un “jefe”, como lo designa el informe de la Comisión Church elaborado en 1975<sup>23</sup>:

“La red de inteligencia continuó informando sobre las actividades del complot para el golpe durante 1972 y 1973. Durante 1972, la oficina siguió vigilando al grupo que podría montar un *putch* exitoso y gastó en penetrar este grupo una cantidad significativamente más alta, tanto de tiempo como de esfuerzo, del que había ocupado en grupos previos. Esta fracción había llamado la atención de la oficina en octubre de 1971. A enero de 1972, la oficina lo había infiltrado exitosamente y estaba en contacto con su jefe, a través de un intermediario”<sup>24</sup>.

Un periodista reconstruyó las palabras que el general Sepúlveda Squella diera a la prensa, apenas el día anterior, sobre la amenazante situación que gravitaba sobre el país:

–Les pido cooperación –había dicho Sepúlveda– a fin de aquietar el clima de intranquilidad y odio que estamos viviendo... El periodismo es una tarea noble, como lo es informar, y les solicito ayuda para que esta guerra psicológica tenga tregua.

La tregua pedida por el general había sido desahuciada esa misma mañana del viernes 29, doce horas después de propuesta, con el primer disparo de los tanques contra La Moneda. Allende lo sabía. El periodista lo sabía. La muchedumbre, en la plaza, lo sabía: “¡Mano dura, presidente!”, volvió a oírse. El gobierno era fuerte esa tarde, más fuerte que nunca durante los últimos meses. Sus enemigos políticos estaban yertos. También el Partido Nacional<sup>25</sup> había sentido el bandazo, producto de un paso que bien pudo haberse dado en falso, y la Democracia Cristiana salvaba de la mejor forma posible el abismo abierto a sus pies por una situación fuera de su control, que descalificó por ilegítima. Por los altavoces se escucha el anuncio de que el gobierno presentará, para su aprobación por el Congreso, un proyecto de ley sobre estado de sitio. Dice que ello es necesario para excavar en las raíces inteligentes de la insurrección del Blindado.

La iniciativa es suya. Era la noche cuando Salvador Allende completó su discurso y culminó el acto:

–¡Tengan cuidado –exclama– y tengan confianza en su gobierno! Vayan a sus casas, besen a sus mujeres y a sus hijos en nombre de Chile...

\*

Mientras el sepelio del periodista Henricksen se realizaba en Buenos Aires, en Santiago, Allende expresaba ante el Consusena que la delicada situación de orden interno hacía indispensable un nuevo gabinete con participación de las Fuerzas Armadas. También daba a conocer un Programa de Emergencia Económica. Su idea era que Prats ocupase la cartera del Interior y que la Armada y la Fuerza Aérea (FACH) asumiesen los ministerios de Hacienda y Obras Públicas y Transportes, respectivamente.

El martes 3 de julio, Prats recoge el parecer de sus generales:

“Hay una unánime opinión negativa sobre mi participación incondicional en el gobierno”<sup>26</sup>.

Inmediatamente después de conocer ese ánimo, Prats acude a encontrarse con Allende y pone –por segunda vez– su cargo de comandante en jefe a disposición del presidente. Pero la oferta del general queda eliminada.

Dos horas y media después, los generales Bonilla y Araya le “sugirieron que renuncie a la Comandancia en jefe y que acepte el cargo de ministro del Interior como general en retiro”<sup>27</sup>.

Para Prats no pasa inadvertida la maniobra: eso lo sacaría del Ejército... y de en medio.

## NOTAS

- 1 Comandante en jefe del Ejército, asesinado por un comando ultraderechista el 22 de octubre de 1970, escasas semanas después del triunfo de Salvador Allende el 4 de septiembre de ese mismo año. Se presume que el objetivo inmediato de ese comando, tras el que se detectó influencia foránea y participación de militares chilenos tanto retirados como en activo, era secuestrar a Schneider y hacer recaer la responsabilidad del delito en algún grupo de izquierda “creado” exprofeso. Schneider dejó un verdadero testamento moral, de política militar, que en Chile se conoce como Doctrina Schneider. En pocas palabras, ella subraya la sujeción de los institutos armados a la Constitución y la ley, postula la subordinación jerárquica al gobierno legítimamente constituido, estampa el principio rector de la prescindencia política y el carácter no deliberante de los hombres de armas, y define la función de las FF.AA. como eminentemente profesional, agregada a la misión de defensa de la soberanía territorial y de la seguridad de la nación.
- 2 Dado de baja del Ejército, aunque posteriormente liberado, el capitán Sergio Rocha Aros se trasladó a la Argentina, donde, ya en 1974, pasó a formar parte del grupo de agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (Dina) destacados en Buenos Aires. Así consta en el testimonio de Sofía Prats Cuthbert, hija del general Carlos Prats González, publicado por los periodistas Edwin Harrington y Mónica González, *Bomba en una calle de Palermo*. Emisión, Santiago de Chile, 1987, pág. 467.
- 3 El general Mario Sepúlveda Squella, comandante de la guarnición de Santiago y presente en esos instantes en el ministerio, dio órdenes a las tropas leales bajo su mando de no abrir fuego contra los rebeldes.
- 4 Carlos Prats González, *Memorias: Testimonio de un soldado*, Pehuén, Santiago, 1985, pág. 602.
- 5 Los autores se reservan la identidad de la fuente.
- 6 “Todo se ha confabulado para colocarme en una situación difícil” –escribe Prats en sus memorias: “las tensiones de los días precedentes, la inquietud sorda que se vivía en la Institución, los indicios del complot que se investigaban en el cuartel Santa Rosa (Blindado N° 2) crearon un cuadro anímico que me hizo pensar en una encerrona en la Costanera.” Prats, op. cit. pág. 416.
- 7 Prats, op. cit., pág. 400. Fuentes militares en retiro han confirmado a los autores que había “antagonismo” hacia Prats entre los oficiales jóvenes. Un sentimiento que se expresaba en un descontento con sentido político hacia su persona. En su mayor parte, los oficiales jóvenes “nunca interpretaron la actitud de Prats como lo que Prats quería: mantener unido al Ejército y evitar una guerra civil”. Siempre de acuerdo con las mismas fuentes, la oficialidad del Ejército fue muy vulnerable a la campaña de la derecha, “capitalizada –con intenciones, por supuesto– por parte de algunos jefes que eran decididamente golpistas”. Por otra parte, que el episodio de la Costanera correspondió a un acto preparado lo comprueba no solo la forma en que se produjo. Prats menciona en sus *Memorias* que varios autos se coordinaron para presionarlo y que, tras el disparo, los reporteros y fotógrafos de prensa se presentaron en el lugar en “menos de tres minutos”. Asimismo, exalumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile informaron a los autores de este libro que, instaurada ya la dictadura, el abogado Carlos Cruz-Coke expuso en su cátedra el episodio de la Costanera como “ejemplo de un contubernio” del cual se declaró autor. Los periodistas Edwin Harrington y Mónica González informan, a su vez, que el plan recibió el nombre cifrado de “Operación Charlie”. Véase Edwin Harrington y Mónica González, op. cit., pág. 90.

- 8 Desde el Departamento del Cobre se alentaba la política de no disminuir la producción cuprífera del país, a pesar de los malos momentos por los que coyunturalmente atravesaba el precio del metal en los mercados internacionales. Esa política se oponía a las directrices definidas para la marcha económica por el poderoso triministro de la administración Alessandri, Roberto "Ruca" Vergara.
- 9 Jorge Alessandri Rodríguez alcanzó la presidencia de la república en 1958, como candidato independiente apoyado por una coalición del Partido Conservador y el Partido Liberal. Entregó la presidencia en 1964 al demócratacristiano Eduardo Frei Montalva.
- 10 El Informe Church es irrefutable respecto de las pruebas que aporta para demostrar la injerencia oficial de Estados Unidos en Chile. El secretario de Estado Henry Kissinger desautoriza el informe, tildándolo de "tendencioso". Sin embargo, él mismo se encarga de conferirle verosimilitud al afirmar, a renglón seguido, que "considero la publicación de las deliberaciones del Comité contrarias al interés nacional". Ver Henry Kissinger, *Mis memorias*, Atlántida, Buenos Aires, 1979, págs. 455 a 475. Ver también Informe Church, documentos del Congreso de los Estados Unidos, Washington, 1975.
- 11 Henry Kissinger menciona la injerencia norteamericana en Chile afirmando que "no era moral ni políticamente injustificado que los Estados Unidos apoyaran a aquellas fuerzas políticas internas que buscaban mantener un contrapeso democrático al dominio radical". Dicho apoyo se tradujo de la siguiente manera:

#### Recursos económicos

1962/1964: tres millones de dólares para apoyar la campaña de Eduardo Frei contra Allende;

1968: Varios cientos de miles de dólares para ayudar a derrotar a las fuerzas de Allende en las legislativas chilenas de marzo de 1967;

1970: En marzo, una suma insignificante para propaganda en apoyo de adversarios de Allende en las presidenciales; en junio, 450 mil dólares con el mismo propósito; en septiembre, 250 mil dólares para alentar la derrota de Allende en el Congreso chileno, que debía dirimir la elección entre las dos primeras mayorías: Allende y Alessandri.

#### Planes políticos

En marzo de 1970, la CIA y el Departamento de Estado sometieron al Comité 40 "un programa conjunto para una acción de deterioro contra Allende". A continuación, el exembajador Edward Korry recomendó a su gobierno "un programa de dos fases: un aumento de la suma ya aprobada para las actividades de deterioro, y fondos para influir en el voto del Congreso" chileno. La decisión sobre la segunda fase fue postergada para después de la elección del 4 de septiembre. El triunfo de Allende ese día puso a Nixon "fuera de sí" y se mostró dispuesto a "hacer algo, cualquier cosa" por enmendar el rumbo de Chile. El tema fue debatido en la administración Nixon los días 8, 14 y 15 de septiembre. El martes 15, Nixon resolvió que "el programa de ayuda a Chile sería interrumpido; su economía debía ser exprimida hasta que gritase". A partir de este momento, los planes norteamericanos fueron concebidos bajo dos propuestas: la VIA I y la VIA II. Ambas propuestas terminaron mezclándose y contemplando el recurso al golpe militar. Por lo que respecta a la injerencia no oficial, véase el caso de la International Telephone and Telegraph (ITI) y las declaraciones de Orlando Sáenz (dirigente empresarial y uno de los jefes de la oposición gremial a Allende) en revista *Cauce*, del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1984.

- 12 Cuando Orlando Letelier se radicó en Estados Unidos como exiliado, periodistas del *Washington Post* le preguntaron su opinión sobre Kissinger y él se refirió a aquella cena como una manera de evidenciar la doble conducta de la administración Nixon hacia el gobierno de Allende.
- 13 Si bien la ley que permitió la nacionalización de la gran minería del cobre reconocía el derecho a la indemnización de los propietarios extranjeros, sus montos se calcularon sobre la base de lo que la ley reconocía como "utilidad anual razonable": 12 %. La diferencia entre "utilidad razonable" y "utilidad realmente percibida" se denominó "utilidad excesiva" y fue descontada de los montos de las indemnizaciones. El resultado de esta operación arrojó cifras negativas para los expropiarios de las minas en la mayoría de los casos.
- 14 En las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la Unidad Popular obtuvo el 43,3 % de los votos; la oposición, en tanto, no alcanzó los dos tercios del Congreso que requería para hacer efectiva una acusación constitucional contra Allende y deponerlo legalmente.



- 15 Socialista, funcionario de la Cancillería durante el gobierno de Allende. Fue detenido en 1987 en relación con una oscura acusación contra el juez Fernando Soto Arenas, interpuesta ante los tribunales por la familia de Mario Santander Infante, reo por el asesinato aparentemente pasional de la joven Alice Meyer ocurrido el 15 de diciembre de 1985. La defensa de Santander fue asumida por el abogado Sergio Miranda Carrington, quien había actuado como defensor del general Manuel Contreras Sepúlveda, jefe de la Dina. Como en otras ocasiones, en el caso Meyer entraron en contradicción los informes evacuados por la policía civil de Investigaciones y por la policía uniformada de Carabineros, todo lo cual dio pie para que se hiciese carne en la opinión pública la sospecha de que, tras la defensa de Santander Infante, se hallaban involucrados tanto intereses económicos como políticos.
- 16 Desde hacía un tiempo, el Servicio de Inteligencia Militar (SIM), dirigido por el general Lutz, había dejado de contar con la confianza de Prats e incluso del propio Pinochet: "El SIM, desde hacía varios meses, solo trabajaba los antecedentes que recogía sobre el extremismo de izquierda, pero no daba a conocer los movimientos del extremismo de derecha. Prueba evidente de ello era que el amotinamiento del Blindado pasó inadvertido para el SIM, estando comprometido 'Patria y Libertad'" Prats, op. cit., pág. 434.
- 17 El hecho de que Pinochet fuera al frente de las tropas del Buin era insólito y sorprendente, y se ha prestado para numerosas interpretaciones acerca de sus reales propósitos entonces. El propio general Prats se mostró sorprendido y molesto por el papel que Pinochet se autoasignó durante la jornada del 29 de junio de 1973. Como comandante en jefe, Prats le había dado instrucciones de permanecer en la oficina de Estado Mayor del Ejército, cosa que, obviamente, Pinochet desobedeció. ¿Por qué lo hizo? La respuesta que en aquella época dio, ante la airada interpelación de Prats, fue que iba a ayudarlo. Sobre el episodio de Pinochet y el Buin puede verse Edwin Harrington y Mónica González, *Bomba en una calle de Palermo*, op. cit.
- 18 Joaquín Ramírez Pineda era comandante del Regimiento de Infantería Tacna. Para el 11 de septiembre, se mantenía al frente de dicha unidad, en cuyo recinto, durante esa misma jornada –y en los días siguientes– se detuvo y fusiló a numerosos funcionarios y colaboradores del gobierno de Allende. Con posterioridad, en 1974, el coronel Ramírez Pineda fue promovido y enviado a Buenos Aires como agregado militar de la embajada de Chile. Ascendió luego a general y se lo designó como rector–delegado del gobierno militar en la Universidad de La Serena.
- 19 Prats, op. cit., pág. 422. La presencia de los capitanes Ballas y Lobos en la manifestación de señoras ante la casa del comandante en jefe hace presumible que tras ellas estuviese la inspiración del general en retiro Alfredo Canales –de quien el capitán Ballas era yerno– y el general Viveros –de quien el capitán Lobos era ayudante–. En opinión de fuentes militares en retiro consultadas por los autores., el general Viveros era un personaje influenciado por los generales Bonilla, Arellano y Palacios.
- 20 Prats, op. cit., pág. 423.
- 21 Fuentes militares en retiro admitieron que el efecto que la insurrección de Souper produjo entre la oficialidad joven y media del Ejército fue, primero, de apoyo a los oficiales que habían participado; un apoyo bajo un punto de vista romántico. Consideraban que Souper había tenido muchas agallas para llegar a eso... Nunca se pensó que hubiera estado coludido con otras unidades. Se pensó, sí, que tenía el apoyo de "Patria y Libertad". Los tenientes que estuvieron involucrados en los preparativos del motín fueron: René López, Edwin Dimter, Antonio Bustamante, Mario Garay, Carlos Martínez y Raúl Jofré. Como partícipe directo también se menciona al teniente José Gasset. Véase *La Época*, 6 de mayo de 1987.
- 22 Se trata de Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Malle, John Schaeffer, Manuel Fuente Wending y Juan Hurtado, los cuales se asilaron en la embajada de Ecuador.
- 23 La Comisión Church fue creada por el Senado de los Estados Unidos en 1975 y tomó el nombre de su presidente, el senador demócrata Franck Church. Su propósito fue investigar las operaciones gubernamentales estadounidenses relativas a actividades de inteligencia (CIA) en Chile a partir de 1963.
- 24 Desde el 11 de septiembre de 1973, el general Pinochet ha asegurado que él empezó a preparar el golpe de Estado en 1972 (*El día decisivo*, Andrés Bello, Santiago, 1980, pág. 79). De esto podría desprenderse que es el general Pinochet la persona sindicada como

el "jefe" por la Comisión Church. Sin embargo, demasiados testimonios públicos –y otros recogidos por los autores de este libro– señalan que la pretensión de Pinochet es falsa. Por el contrario, las evidencias apuntan a que el general Pinochet se sumó al complot probablemente en la última semana de agosto de 1973 o incluso días después. Probablemente ese "jefe" fue otro miembro del Ejército. De hecho, el propio general Prats describe en sus *Memorias* algunas personalidades de la alta oficialidad del Ejército capaces de haber sido "jefes" de una conspiración.

25 El Partido Nacional fue una organización política de derecha creada en 1966 con la fusión del Partido Liberal, el Partido Conservador Unido y la Acción Nacional. Se disolvió en 1994.

26 Prats, op. cit., 427.

27 Ídem.